

tratar más que asuntos nacionales (1); pero hay en sus escritos mucho más amor por la celebridad que afecto hacia su país, y mucho menos orgullo nacional que vanidad personal. Lady Morgán parece describir con placer á los irlandeses; pero hay una irlandesa á quien pinta sobre todo y continuamente con entusiasmo, y esa irlandesa, es ella. Miss O'Hallogan en *O'Donnell*, y lady Clancare en *Florenzia MacCarthy*, no son otra cosa más que lady Morgán, adulada por sí misma.

Es preciso decirlo, frente á los cuadros llenos de vida y de calor de Scott, los croquis de lady Morgán no son más que pálidos y fríos bosquejos. Las novelas históricas de esa señora se dejan leer; las historias romancescas del escocés se hacen admirar. La razón es sencilla; lady Morgán tiene bastante tacto para observar lo que ve, bastante memoria para retener lo que observa, y bastante agudeza para decir oportunamente lo que ha retenido; su ciencia no va más allá. De ahí que sus caracteres, bien trazados algunas veces, no sean sostenidos; junto á un rasgo cuya verdad sorprende, porque lo ha copiado del natural, hallaréis otro que choca por lo falso, y es lo que ha inventado. Walter Scott, por el contrario, concibe un carácter, y quizás sólo observó de él un rasgo; le ve en una palabra, y le pinta del mismo modo. Su excelente juicio hace que no se extravíe, y lo que crea es casi siempre tan verdad como lo que observa. Cuando el talento llega á ese punto, es más que talento; también puede reducirse el paralelo á dos palabras: lady Morgán es una mujer de talento; Walter Scott es un hombre de genio, un ingenio en el sentido más lato de la palabra.

(1) Debe exceptuarse, sin embargo, su novela sobre Francia.

SAN CARLOS EN 1820

—Je disais l'an passé: Voici le jour de fête,
Charles m'attend; je veux, ceignant de fleurs ma tête,
M'offrir avec ma fille à son premier coup d'œil;
Quand ce jour reviendra, ramené par l'année,
Si je lui porte un fils, fruit de mon hyménée,
Mon bonheur sera de l'orgueil.

L'année a fui; voici le jour de fête!
Est-ce une fête, hélas! que l'on apprête?
Qu'est devenu ce jour jadis si doux?
De pleurs amers j'ai salué l'aurore;
Pourtant un Charles à mes vœux reste encore,
J'embrasse un fils, mais je n'ai plus d'époux.

Veuve, deux orphelins m'attachent à la terre.
Mon bien-aimé près d'eux ne viendra pas s'asseoir;
Ils ne dormiront pas sous les yeux de leur père.
Et j'irai sur leurs fronts, plaintive et solitaire,
Déposer le baiser du soir (1).

O vain regret! félicité passée!
Voici le jour où, sur son sein pressée,

(1) Decía yo el año pasado: Hoy es la fiesta. Carlos me aguarda: quiero, adornando de flores mi cabeza, ofrecerme con mi hija á su primera mirada; cuando vuelva este día, traído por el año, si le llevo un hijo, fruto de mi himeneo, mi felicidad se convertirá en orgullo. El año ha huído; hoy vuelve á ser fiesta. ¿Pero ¡ay! es una fiesta lo que se prepara? ¿Qué se ha hecho de aquel día antes tan grato? Con amargo llanto saludé la aurora; por más que un Carlos para mis deseos queda aún, pues abrazo á un hijo, pero ya no tengo esposo. Viuda, dos huérfanos me atraen á la tierra. Mi amado no volverá junto á ellos á sentarse; no dormirán á la vista de su padre, mas iré solitaria y llorando á posar sobre sus frentes el beso de la tarde.

A mon époux je redisais ma foi,
Et je gémiss sur une urne glacée,
Près de ce cœur qui ne bat plus pour moi!—

Ainsi la veuve désolée,
Digne du martyr au cercueil,
D'un doux souvenir accablée,
Pleurait auprès du mausolée
Son court bonheur et son long deuil.

Nous voyions cependant, échappés aux naufrages,
Briller l'arc du salut au milieu des orages;
Le ciel ne s'armait plus de présage d'effroi;
De l'héroïque mère exauçant l'espérance,
Le Dieu qui fut enfant avait à notre France
Donné l'enfant qui sera roi (1).

Desconfiad de esas gentes que, provistas de un lente, van por todas partes exclamando: ¡Observo mi siglo! Unas veces sus cristales aumentan los objetos, y entonces los gatos les parecen tigres; otras veces los disminuyen, y entonces los tigres les parecen gatos. Cada uno debe observar con sus propios ojos. El moralista, efectivamente, ha de hablar siempre según su experiencia inmediata, si quiere disfrutar de la dicha inefable, elogiada por Addison, de hallar algún día en la biblioteca de algún desconocido su

(1) ¡Oh vano sentimiento! ¡felicidad pasada! He aquí el día en que, estrechamente unida á su pecho, á mi esposo renovaba mi fe, y gimo junto á una urna helada donde está ese corazón que ya no late para mí! Así la desconsolada viuda, digna del martirio en el ataúd, por un dulce recuerdo abatida, lloraba al pie del mausoleo su breve dicha y su largo luto. Veíamos, sin embargo, escapados á los naufragios, brillar el arco de salud en medio de las tormentas; el cielo no aparecía con espantosos presagios; de la heroica madre atendiendo á la esperanza, el Dios que fué niño, había dado á Francia el niño que será rey.

libro encuadernado en tafíete con canto dorado, y con señales en varias páginas.

Hay, también, para el moralista otra condición de la cual hemos hablado ya, y que consiste en permanecer desconocido de los individuos á quienes estudia; es preciso que penetre en su casa, decía el mismo Addison, con igual libertad que lo harían un perro, un gato ó cualquier otro animal doméstico.

Acerca de este punto pensamos como el *espectador*. El observador que se vanagloria de su papel, se parece á Argos cambiado en pavo real, orgulloso de sus cien ojos que ya no ven.

Cuando una lengua ha tenido ya, como la nuestra, varios siglos de literatura, cuando ha sido creada y perfeccionada, manejada y torturada, cuando es propia para casi todos los estilos, flexible para todos los géneros, cuando pasó no solamente por todas las formas materiales del ritmo, sino también por no sé cuántos cerebros cómicos, trágicos y líricos, se escapa como una espuma, del conjunto de las obras que forman su riqueza literaria, cierta parte, ó, por decirlo así, cierta masa flotante de frases convenidas, hemistiquios más ó menos insignificantes:

Que son de todo el mundo y no son de nadie.

Entonces es cuando el hombre menos inventivo podrá, con un poco de memoria, reunir, buscando en esa reserva pública, una tragedia, un poema, una oda, que estarán en versos de doce, de ocho ó de seis sílabas, y que tendrán buenas rimas y excelentes cesuras, y ni siquiera les faltará elegancia, armonía y facilidad. Con eso nuestro hombre publicará su obra en un

grueso volumen vacío, y se creará poeta lírico, épico ó trágico, como aquel loco que se creía dueño de su hospital. Sin embargo, la envidia, protectora de la mediocridad, acogerá la obra; críticos altaneros, que querrán hacer como Dios y crear algo de la nada, se divertirán construyéndole una fama; los conocedores ó inteligentes, que no se obstinarán ridículamente en querer que palabras expresen ideas, alabarán, según el diario de la mañana, la claridad, la sabiduría, el gusto del nuevo poeta; los salones, ecos de los periódicos, se extasiarán, y la publicación de dicha obra no tendrá más inconveniente que el de usar las alas del sombrero de Piron.

Los que no saben admirar por sí mismos, se cansan pronto de admirar. Existe en el fondo de casi todos los hombres, no sé qué sentimiento de envidia que vela incesantemente sobre su corazón para comprimir la expresión de la alabanza merecida, ó encadenar el impulso del entusiasmo justo. El hombre más vulgar no concederá á la obra más superior otra cosa que se separe de un elogio bastante limitado, para que no se le tenga por incapaz de hacer otro tanto. Pensará que alabar á otro casi es perder su propio derecho á ser alabado, y no reconocerá el genio de tal poeta, mientras no aparezca que no abdica del suyo; y hablo aquí, no de los que escriben, sino de los que leen, de los que, en su mayor parte, no escribirán jamás. Por otra parte, es de mal tono el aplaudir; la admiración da á la fisonomía una expresión ridícula, y un exceso de entusiasmo, un transporte, puede desarreglar el pliegue de una corbata.

He ahí, ciertamente, altas razones para que hombres inmortales, que honran á su siglo entre los siglos,

se arrastren por una vida de amargura y de asco, para que el genio se extinga descorazonado sobre una obra maestra, para que un Camoens pida limosna, para que un Milton languidezca en la miseria, para que otros á quienes no conocemos, más infortunados y más grandes quizás, mueran sin haber podido siquiera revelar sus nombres y sus talentos, ¡como esas lámparas que se encienden y se apagan en una tumba!

Añadid á eso que, mientras que las ilustraciones más merecidas se niegan al genio, ve éste elevarse por encima de él numerosas reputaciones inexplicables y famas usurpadas; ve el pequeño número de escritores más ó menos mediocres que dirigen por el momento la opinión, exaltar á las medianías, á las cuales no temen, deprimiendo á la superioridad que les da miedo ó les produce envidia. ¡Qué importa toda esa solicitud de la nada por la nada! Se conseguirá, en verdad, llegar á gastar el alma, á envenenar la existencia del grande hombre; pero el tiempo y la muerte vendrán y harán justicia. Las reputaciones en la opinión pública son como líquidos de diferente peso en un mismo jarro. Agítese el jarro; los líquidos se mezclarán fácilmente; pero, déjesele quieto, y los líquidos recobrarán lentamente, por ellos mismos, el orden que sus pesos y la naturaleza les señalan.

Las más amargas reflexiones acuden al espíritu cuando se piensa en la extinción, hoy inevitable, de esa ilustre raza de Condé, que, sin haber ocupado jamás el trono, fué siempre notable entre todas las razas reales de Europa, y que había fundado en la casa de Francia una especie de dinastía militar, acostumbrada á reinar en los campos de batalla. Si dentro de algunos años nuevas convulsiones trajesen (¡lo que

no quiera Dios!) nuevas guerras civiles, todos los que servimos hoy la causa monárquica seríamos desterrados, proscriptos; pero no seríamos, como los vencedores de Berstheim y de Biberac, *Condeanos*. Pues, á lo menos para aquellos leales guerreros sin hogar y sin asilo, el nombre de su jefe sexagenario, aquel gran nombre de Condé, se había convertido en una patria.

La pintura de las pasiones, variables como el corazón humano, es un inagotable manantial de expresiones y de ideas nuevas; no ocurre lo mismo con la voluptuosidad. Ahí todo es material, y cuando habéis agotado el alabastro, la rosa y la nieve, se ha dicho todo.

Los que observan con curioso placer los diversos cambios que el tiempo y los tiempos traen al espíritu de una nación considerada como un gran individuo, pueden notar en este momento un singular fenómeno literario, nacido de otro fenómeno político, la revolución francesa. Existe hoy en Francia un combate entre una opinión literaria, aun demasiado poderosa, y el genio de este siglo. Esa opinión, árida herencia legada á nuestra época por el siglo de Voltaire, sólo quiere andar si va escoltada por todas las glorias del siglo de Luis XIV. Ella es la que no ve poesía fuera de la estrecha forma del verso; la que, semejante á los jueces de Galileo, no quiere que la tierra gire ni que el talento cree; la que ordena á las águilas que no vuelen sino con alas de cera; que mezcla en su ciega admiración las famas inmortales, que hubiera perseguido si hubiesen aparecido en nuestros días, con no

sé qué viejas y usurpadas reputaciones que los siglos se transmiten con indiferencia, y de las cuales usa como autoridades contra las reputaciones contemporáneas; en una palabra, que perseguiría con el nombre de Corneille muerto, al mismo Corneille si naciese de nuevo.

Esa opinión que desalienta é injuria, condena toda originalidad como herejía. Clama diciendo que ha pasado el reinado de las letras, que las musas se han desterrado y no volverán jamás; y todos los días lirás jóvenes le dan armoniosos mentís, y la poesía francesa se renueva gloriosamente á nuestro alrededor. Estamos en el comienzo de una grande era literaria, y esa humillante opinión quisiera que nuestra época, que tanto resplandece con su propio brillo, sólo fuese el pálido reflejo de dos épocas precedentes. La literatura funesta del pasado siglo exhaló, por decirlo así, esa opinión antipoética en el nuestro como un miasma cargado de principios deletéreos, y, para decir toda la verdad, reconoceremos que dirige la inmensa mayoría de los espíritus que forman entre nosotros el espíritu literario. Los jefes que la dieron han desaparecido; pero sigue gobernando siempre á la masa, flota aún como un buque que perdió sus mástiles. Sin embargo, aparecen nuevas cabezas, llenas de savia y de vigor, que han meditado la Biblia, Homero y Dante, que apagaron su sed en los manantiales primitivos de la inspiración, y que llevan en sí la gloria de nuestro siglo. Esos jóvenes serán jefes de una escuela nueva y pura, rival, pero no enemiga de las escuelas antiguas, de una opinión poética que será también algún día la de la masa. Mientras tanto, tendrán que librar muchos combates, muchas luchas que sostener; pero sobrellevarán con el valor del genio las adversidades de la gloria. La rutina retrocederá lentamente ante ellos; y llegará un día en que

caerá para que ocupen su puesto, como la escoria seca de una llaga vieja que se cicatriza.

Todos esos hombres graves que son tan clarividentes en materias gramaticales, en versificación, en prosodia, y tan ciegos en poesía, nos recuerdan aquellos médicos que conocen hasta la más pequeña fibra de la máquina humana, pero que niegan el alma é ignoran la virtud.

EL GENIO

Toda pasión es elocuente; todo hombre persuadido persuade; para arrancar lágrimas, es preciso llorar; se ha dicho que el entusiasmo es contagioso.

Tomad á una mujer y arrebatadle á su hijo; reunid á todos los retóricos de la tierra, y podréis decir: *¡A muerte, y vamos á comer!* Oid á la madre; ¿cómo es que ha hallado gritos, lloros que os enternecen, y que la sentencia se ha caído de vuestras manos? Se ha hablado como de una cosa sorprendente de la elocuencia de Cicerón y de la clemencia de César; si Cicerón hubiese sido padre de Ligario ¿qué se hubiera dicho? Y era todo muy sencillo, sin embargo.

En efecto, hay un lenguaje que no engaña, que todos los hombres oyen, y que ha sido dado á todos los hombres, es el de las grandes pasiones y de los grandes acontecimientos, *sunt lacrymæ rerum*; hay momentos en que todas las almas se comprenden, en que Israel se levanta entero, de un golpe, como un solo hombre.

¿Qué es la elocuencia? dice Demóstenes. La acción, la acción, y luego la acción.—Pero, en moral lo mismo que en física, para imprimir movimiento, es preciso poseerlo, también, uno mismo. ¿Cómo se comunica? Eso procede de más alto; básteos saber que las cosas ocurren de ese modo. ¿Queréis conmover? Estad conmovido; llorad y arrancaréis lágrimas; es un círculo al cual todo vuelve á conducirnos y del que no podéis salir. Os pregunto: ¿de qué nos hubiera servido la facultad de comunicarnos nuestras

ideas si, como á Casandra, se nos hubiese negado la facultad de hacernos creer? ¿Cuál fué el más hermoso instante del orador romano? Aquel en que los tribunos del pueblo le prohibían la palabra.—¡Romanos—exclamó—juro que he salvado la República!—Y todo el pueblo se levantó, gritando:—¡Juramos que ha dicho la verdad!

Y todo cuanto acabamos de decir de la elocuencia, lo diremos de todas las artes, pues todas las artes no son más que una misma lengua hablada de diferente modo. Y en efecto ¿qué son nuestras ideas? Sensaciones, y sensaciones comparadas. ¿Qué son las artes sino diversas maneras de expresar nuestras ideas?

Rousseau, examinando por sí mismo y parangonándose con ese modelo ideal que todos los hombres llevan grabado en su conciencia, trazó un plan de educación por el cual garantizaba al discípulo contra todos los vicios, pero al mismo tiempo contra todas las virtudes. El grande hombre no advirtió que dando á su Emilio lo que le faltaba, le quitaba lo mismo que poseía. Ese hombre, educado en medio de la risa y de la alegría, sería como un atleta educado lejos de los combates. Para ser un Hércules, es preciso haber ahogado serpientes desde la cuna. Quieres privarle de la lucha de las pasiones, pero ¿será vivir haber evitado la vida? ¿Qué es existir? pregunta Locke. Es sentir. Los grandes hombres son aquellos que han sentido mucho, que han vivido mucho; y que á veces, en algunos años, han vivido muchas vidas. Hay que reconocerlo, los más altos pinos sólo crecen en la región de las tormentas. Atenas, ciudad de tumulto, tuvo mil grandes hombres; Esparta, ciudad de orden, sólo tuvo uno, Licurgo; y Licurgo había nacido antes que sus leyes.

Por eso, también, vemos á la mayor parte de los grandes hombres aparecer en medio de las grandes

fermentaciones populares; Homero, en medio de los siglos heroicos de Grecia; Virgilio, durante el triunvirato; Ossián, sobre los despedazados restos de su patria y de sus dioses; Dante, Ariosto, el Taso, entre las renacientes convulsiones de Italia; Corneille y Racine, en el siglo de la Fronda; y, finalmente, Milton, entonando la primera revuelta al pie del sangriento cadalso de White-Hall.

Y si examinamos cuál fué en particular el destino de esos grandes hombres, los vemos todos atormentados por una vida agitada y miserable. Camoens se salva de un naufragio nadando hasta la orilla con su poema en una mano; Ercilla escribe sus versos en pieles de animales en los bosques de Méjico. Aquellos á quienes los sufrimientos del cuerpo no distraen de los padecimientos del alma, pasan una vida borrascosa, devorados por una irritabilidad de carácter que les hace insoportables hasta para ellos mismos y los que les rodean. Felices los que no mueren antes de tiempo, consumidos por la actividad de su propio genio, como Pascal; de pena, como Molière y Racine; ó vencidos por el terror de su propia imaginación, como el Taso infortunado.

Admitiendo, pues, ese principio reconocido de toda la antigüedad, que las grandes pasiones hacen á los grandes hombres, reconoceremos al mismo tiempo que, así como hay pasiones más ó menos fuertes, existen también diversos grados de ingenio.

Y examinando ahora cuáles son las cosas más capaces de excitar la violencia de nuestras pasiones, es decir, de nuestros deseos, que son por sí mismos voluntades más ó menos pronunciadas, hasta esa voluntad firme y constante por la cual se desea una cosa durante toda la vida, todo ó nada, como César, palanca terrible con la cual el hombre se despedaza á sí mismo, estaremos de acuerdo en que, si existe algo

capaz de excitar una voluntad semejante en un alma noble y firme, debe ser, sin duda ninguna, lo más grande que existe entre los hombres.

Ahora bien, echando una mirada á nuestro alrededor, consideremos si hay una cosa á la cual esa denominación sublime se haya atribuído con justicia por el consentimiento unánime de todos los tiempos y de todos los pueblos.

¡Y henos aquí, jóvenes, llegados en pocas palabras á esa verdad encantadora, ante la cual toda la filosofía antigua y hasta el mismo Platón habían retrocedido; que el genio es la virtud!

Poetas, tened siempre la austeridad de un objetivo moral ante los ojos. No olvidéis jamás que por casualidad los niños podrán leer vuestros escritos. Tened compasión de las cabecitas rubias.

La juventud necesita quizás mayores respetos que la misma vejez.

El hombre de ingenio no debe retroceder ante ninguna dificultad; los hombres comunes necesitaban armas pequeñas, pero los grandes atletas requerían los cestos de Hércules.

PLAN DE TRAGEDIA ESCRITO EN EL COLEGIO

Dos de los sucesores de Alejandro, Casandro y Alejandro, hijos de Poliperchón, se disputan el imperio de Grecia. El primero se ha retirado á la ciudadela de Atenas, el segundo acampa bajo sus muros. Atenas, entre esos dos poderosos enemigos, amenazada á cada instante de ser destruída, se halla, además, atormentada por disensiones intestinas. El pueblo se inclina hacia el partido de Alejandro, que promete restablecer el gobierno popular; el Senado prefiere á Casandro, quien ha restablecido el gobierno aristocrático. De ahí el odio violento del pueblo contra Foción, jefe del Senado, y el mayor enemigo de los caprichos de la multitud. Foción, en esa crisis en la cual se trata tanto de él como del Estado, insensible á todo otro interés que no sea el de sus conciudadanos, piensa únicamente en la salud de la república; y trabaja en ello con toda la imprudencia de una alma bella. Los medios que emplea para salvar á la patria son los empleados para perderle á él mismo. Logra decidir á los dos jefes rivales á que se alejen del Ática y que respeten á Atenas; y en el momento mismo se le acusa de traidor, es juzgado por el pueblo y condenado. He ahí, en pocas palabras, toda la acción de la tragedia; es sencilla y puede ser muy noble, sin embargo. Ofrece un cuadro de las agitaciones populares y de la virtud desgraciada; es decir, el mayor ejemplo que se pueda presentar á la vista de los hombres, y el espectáculo digno de los dioses.

Por una parte el odio del pueblo, los enemigos de